



Última Década

Revista de el Centro de Investigación y
Difusión Poblacional, Viña del Mar

cidpa@entelchile.net

ISSN 0717-4691

CHILE

2002

Juan Claudio Silva

Juventud y tribus urbanas: en busca de la identidad

Última Década, septiembre, Número 17

Centro de Investigación y Difusión Poblacional de Achupallas

Viña del Mar, Chile

pp. 117-130



JUVENTUD Y TRIBUS URBANAS: EN BUSCA DE LA IDENTIDAD

JUAN CLAUDIO SILVA*

Demasiado joven para morir,
demasiado viejo para rocanrollear.
JETRO TULL

1. INTRODUCCIÓN

EN EL PRESENTE TRABAJO, nos referiremos al tema de la juventud y las tribus urbanas. Para acometer dichas temáticas hemos optado por una mirada más conceptual y teórica, que hacer un listado de tribus y sus manifestaciones en nuestro medio. Ello, pues nos asiste la convicción de que no es posible entender el fenómeno tribal contemporáneo sin una ubicación en el largo plazo. De lo contrario, caemos en la tentación de clasificar e hipotetizar sobre este fenómeno, quedándonos con explicaciones claramente insuficientes a la hora de intentar ahondar, algo más allá, de la mera función estética que ellas poseen, en el universo urbano de nuestro tiempo. Las tribus, ésa es nuestra convicción, responden no sólo a una cuestión estética —aunque es innegable su componente y despliegue— sino, por sobre todo, a una respuesta ingeniosa y circunstancial que, algunos jóvenes, dan al estado actual de cosas, que las sociedades contemporáneas les ofrecen. Por otra parte, salvo algunas excepciones, las tribus tienen una clara connotación temporal y fugaz, sobre todo en lo que se refiere a la permanencia de sus miembros en tales agrupaciones.

De lo anterior se desprende que, nuestra aproximación a la temática principal: las tribus urbanas, será situándolas en un contexto amplio y, como parte de un proceso, de constitución del actor social juvenil, que transita desde el hecho social acontecido a mediados del siglo XIX —como fenómeno que irrumpe y a la vez constituye un cambio radical en la historia de la juventud—, como es la irrupción de los hijos de la burguesía capitalista, como constituyentes del fenómeno de la juventud, con la perspectiva y posibilidad, de un tiempo distinto y separado de la niñez y la adultez. Posteriormente, abordaremos la idea de la masividad como correlato de la modernidad en curso y, que sume a los individuos, con ello, también, a los jóvenes, en el anonimato de la masa. Frente a ello, la reacción juvenil: la tribu. También abordaremos, brevemente, la idea de que la tribu es el lugar actual en el cual el joven puede, acceder y encontrar y, encontrarse junto a otros, en la construcción de una identidad personal y colectiva. Finalmente abordaremos unas conclusiones que intentan ser un aporte constructivo de la situación y condición actual de algunas tribus que figuran en la fauna nacional o regional.

2. LA JUVENTUD COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

La juventud es una construcción social reciente, es decir, es una invención social a partir de la cual, la sociedad ha producido una nueva categoría existencial y vivencial, los y las jóvenes. Los y las jóvenes tal y cual los percibimos, entendemos o sufrimos hoy, son producto de la evolución que ha sufrido la sociedad moderna y capitalista. Sólo a partir de mediados del siglo XIX, y debido al auge de la burguesía capitalista, es que comienza a existir un tipo nuevo de sujetos, los jóvenes.

Estos jóvenes, gracias a los logros económicos de sus progenitores, que han dejado de ser niños, y que no necesitan hacerse cargo inmediatamente de la supervivencia personal y de sus familias, sino que han de prepararse, es decir, acumular sabiduría y educación, ensayar

* Profesor, Magíster (c) en Orientación Educacional; CIDPA Viña del Mar.
E-Mail: claudio@cidpa.cl.

roles, para asumir posteriormente sus obligaciones son quienes, inicialmente, dan origen a lo que hoy conocemos como la juventud. Sin embargo, es sólo hasta los fines de la década de los cincuenta, cuando esta condición de juventud comienza realmente a masificarse, extendiéndose a los hijos de las clases medias (profesionales y obreros industriales). Esta juventud, como categoría ampliada, se desarrolla inicialmente en EE.UU. y posteriormente en la Europa de posguerra, en el período de auge económico que sigue a la reconstrucción de Europa devastada y, que coincide con uno de los largos períodos de bonanza económica del siglo XX, que se verá interrumpido solamente con los la recesión de los años 1973 al 1975 que golpeó particularmente a las economías europeo occidentales.

Mas en América Latina, se deberá esperar prácticamente hasta fines de los 60 y principios de los 70 para que se haga extensiva, esta categoría, a los sujetos juveniles populares, pues hasta ese momento, la juventud —como categoría social— respondía exclusivamente al perfil de estudiante universitario. Es gracias a la masificación de la educación básica y posterior ampliación del acceso a la secundaria, al crecimiento de las urbes, con su poderosa atracción sobre la vida tradicional campesina, junto a la masificación de los medios de comunicación, especialmente la radio y muy posteriormente la televisión, que se puede comenzar a hablar, de los y las jóvenes como categoría social amplia. Sin embargo, en esta construcción social de la juventud, como históricamente se ha dado, han permanecido ausentes, hasta hoy, los jóvenes rurales, y también las mujeres jóvenes. Ellos no son parte aún, en su totalidad, de este concepto de juventud, tal y como se lo entiende en las grandes ciudades urbanas, y que responde más bien al modelo de varón, urbano y en gran medida estudiante.

3. DE LA DESPERSONALIZACIÓN A LA PERSONALIZACION: LAS TRIBUS

En este proceso, por el cual se ha ido construyendo la categoría social de juventud, tienen fuerte presencia dos elementos: la *dimensión de proceso* (evolución), y la *dimensión de masividad*. En la primera, es posible reconocer que es indispensable separar el paso (evolución) biológico, que conlleva para los y las jóvenes el dejar de ser niños, y adaptarse a su nueva condición de sujetos aptos para la procreación, paso que, los habilita, como reproductores biológicos de la especie; de la posibilidad, cierta y efectiva, de su evolución social, es decir, como sujetos aptos para la reproducción de la sociedad en la que se encuentran insertos. Esta tarea, en sociedades modernas como las nuestras, requiere de un período más largo y extendido en comparación con las sociedades tradicionales y rurales en las que ese proceso estaba bastante acotado y que se entendía, a veces, como simultáneo.

Zinnecker (1987) lo expresa claramente al afirmar que con la aparición de la juventud burguesa, se produce una ruptura del concepto tradicional corporativista: «La concepción de la juventud pre-burguesa es corporativista. Cada corporación profesional tiene su propia juventud, o sea, expectativas de participación crecidas autónomamente». Esta concepción corporativista que tiene su correlato en estructuras sociales claramente definidas, se hace trizas con la aparición de la juventud en el sentido actual, y que a diferencia de los modelos pretéritos, se produce y rearticula, en las actuales condiciones, en sociedades altamente complejas y masificadas.

De ahí la necesidad histórica de definir una juventud en esta dimensión de proceso. En este sentido, compartimos la afirmación de Brito, que sostiene:

La pubertad responde más directamente a la reproducción de la especie humana; en tanto que, la juventud, apunta de manera más directa a la reproducción de la sociedad. En otras palabras, la juventud se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad (Brito, 1996).

Es en este contexto, de proceso evolutivo, tanto biológico como social, donde debemos insertar el segundo elemento de nuestra reflexión: *la masividad*. Como resultado del cambio, demográfico y geográfico, experimentado a partir de los años cincuenta en las sociedades latinoamericanas, y que vienen a emular la tendencia de países desarrollados, el crecimiento de la población comienza a darse principalmente en las grandes ciudades, ésta, que es una tendencia de

la modernidad, tiene a su vez un impacto profundo en las subjetividades de las personas que viven en estas sociedades, cada vez más urbanizadas.

Al creciente grado de tecnologización, se suman fenómenos mundiales como la globalización e internacionalización de los mercados, la libre circulación de mercancías y mensajes, el nacimiento de bloques comerciales continentales, la ausencia de contrapesos político-ideológicos al neoliberalismo, la tensión derivada de cuestiones relativas al manejo sustentable del ecosistema, las oleadas de desplazados económicos.

En las condiciones actuales de acumulación en el marco del nuevo modelo transnacionalizado, el empleo ha pasado de ser una preocupación por mejores condiciones de ingreso y participación de la fuerza de trabajo en el control de los factores de producción, a ser una cuestión que no está ni con mucho asegurada. Pues, las denominadas ventajas comparativas de los mercados del trabajo, se han convertido —gracias a la llamada tercera revolución tecnológica o de la información— en una seria amenaza para la producción y mantención de los niveles de empleo que, por cantidad y calidad, se requieren en la actualidad.

Así pues, en este contexto mundial, los y las jóvenes de las grandes urbes han comenzado a desarrollar, casi paralelamente a los cambios mencionados más arriba, mecanismos de respuesta alternos al modelo imperante. Estas respuestas no son nuevas, ni tampoco de última hora, son expresión de la realidad juvenil que han acompañado estas últimas décadas que son, a la vez, de desarrollo y, homogeneización y anonimato.

La intuición que emerge como respuesta, resulta de una paradoja. La idea de la modernidad asimilada a la aldea global, del predominio de una sola cultura, en el fondo, de una cultura hegemónica, encuentra su respuesta en la aparición de microculturas o microsociedades; de nuevas sociedades primitivas —en el sentido durkheimiano de elementales— que empiezan a emerger en las grandes ciudades alterando el mapa urbano —en lo que la escuela etnográfica de Chicago llamara las zonas intersticiales de la ciudad— y el orden metropolitano. En el fondo, lo que se intentaba destruir (la variedad cultural) acaba reconstruyéndose o recreándose en nuevas formas de culturas urbanas, en algunos casos contestatarias y resistentes a la cultura dominante (Zarzuri, 2000).

En la respuesta juvenil, intuitiva en algunos casos, sistemática en otros, a las grandes corrientes culturales hegemónicas, los jóvenes buscan rehacer aquellos lazos rotos o perdidos, producto de los fenómenos mundiales de modernización, y lo hacen desde lo que mejor conocen: una vuelta a lo tribal, en el sentido de una mayor incidencia de lo emocional-afectivo, aquello que es propio de la comunidad de hermanos, de los que comparten un destino y una finalidad común. Surge entonces, en palabras de Michel Maffesoli (1990), una nueva tendencia, un nuevo tipo de agrupamiento, ése que el autor ha denominado tribus y que tan rápidamente han cubierto el mapa humano de las grandes urbes y, por supuesto, el de los medios de comunicación, esos escudriñadores y amplificadores de este nuevo fenómeno, y que también son su principal sostén.

Reposa sobre una paradoja esencial, el vaivén constante que se establece entre la masificación creciente y el desarrollo de microgrupos que denominaré «tribus». Se trata aquí de la tensión fundadora que me parece caracteriza la sociabilidad de este fin de siglo. La masa, o el pueblo, a diferencia del proletariado o de otras clases, no reposan en una lógica de la identidad; sin fin preciso, no son sujetos de una historia en marcha. La metáfora de la tribu en sí misma permite dar cuenta del proceso de desindividualización, de la saturación de la función que le es inherente, y de la acentuación del papel que cada persona está llamada a jugar en su seno (En Costa y otros, 1997).

Es por ello que como un recurso, como una reacción al anonimato y despersonalización de las relaciones sociales inherentes al sistema y la sociedad en curso, los y las jóvenes responden con tribalización, con apego a los viejos mecanismos de identificación de los que pueblan un territorio común, con códigos éticos y sociales propios, ajenos al sentido de la funcionalidad características de las sociedades industrializadas, con fisicalidad proveniente del encuentro —y a veces, también, de la agresión— de los cuerpos, con emocionalidad desarrollada en el encuentro cercano, inmediato, festivo con otros que, como él o ella, recorren la ciudad en busca de sus pares, de sus iguales, de los que son parte del mismo clan, de la misma tribu de pertenencia simbólica.

4. LA JUVENTUD CONSTRUCCION CON OTROS: SOCIABILIDAD E IDENTIDAD EN LA TRIBU

Ya decíamos que uno de los elementos principales de la experiencia de ser joven, en la actualidad, es sobreponerse al anonimato de las grandes urbes, dejar huella, ser reconocido en su existencia. Es decir, poder reconocerse como sujeto, tener una identidad. Sin embargo, dotarse de algo tan complejo y necesario no es, con mucho, una tarea fácil y a ello, el o la joven, dedicarán una parte importante de sus energías y de su existencia.

En este buscar y re-buscar identidades o puntos de referencia los y las jóvenes se ven sometidos a tensiones y contradicciones que los sitúan, en algunos casos, en puntos críticos de su construcción de identidad. La diferencia o abismo que existe entre sus aspiraciones y sus posibilidades. Como bien lo resume Machado:

Es posible que algunos jóvenes, ante esta tensión entre experiencia y expectativas, adopten también posturas defensivas y traten de prolongar el «campo de experiencia», es decir, la vida de cada día (Machado, 2000).

Campo que, por lo demás, podemos definir como de «experticia» para cada uno de los involucrados, puesto que en él construyen sus saberes y estrategias cotidianas para mejorar su *calidad de vida*, de acuerdo a sus propios parámetros de convivencia y estatus, los que casi siempre no coinciden con los de la sociedad adulta.

Vemos entonces, cómo él o la joven, en este proceso que hemos descrito, de búsqueda y de afirmación de su propio yo, abandona su familia, el grupo inicial de referencia, por otro que está fuera de su hogar, que se constituye a partir de otros que como él o ella, se encuentran en la intemperie, a la caza de elementos y rostros que les dé una identidad, es decir, una seguridad mínima sobre la cual armar su propia visión de los que son y lo que desean ser.

En este movimiento de búsqueda individual, interior, tan irremediamente necesario, el joven busca a otros, de ahí que la conformación de la identidad, al menos en un primer momento se haga en referencia a los otros. Es decir, que la identidad personal, paradójicamente, se edifica a partir de conocer y reconocerse en otros. Es lo que Machado define como las «revueltas de la vida»: «donde se exalta la sociabilidad juvenil y las culturas juveniles». Y en este punto adquiere fuerza el grupo de pares o el de referencia, los que en la actualidad, están fuertemente dominados por la presencia y la estética de la tribu urbana, que constituye la versión más contemporánea de socialización grupal. Es, en palabras de Aguirre y otra, un modo de vivir junto a otros en la seguridad que da un modo particular de cultura simbólica.

El pertenecer a una determinada tribu le permitirá pensar de una manera, vestir de una forma determinada, y actuar según el resto del grupo. El yo individual se sustituye por un yo colectivo: nosotros somos, nosotros pensamos, nosotros hacemos. Así la adolescente busca fuera en el grupo lo que no puede configurar interiormente, y una vez instalado psicológicamente en la grupalidad se sentirá seguro. Esta identidad tribal se organizará en torno a unas coordenadas de espacio y de tiempo, dentro de las cuales los miembros del grupo manifiestan y desarrollan una cultura propia y diferencial: lenguaje, símbolos, rituales y ceremonias (Aguirre y Rodríguez, 1996).

Y es precisamente en este anclaje particular, en símbolos estéticos, donde se configura la idea de tribu urbana. Este concepto de tribu presenta algunas características, que es posible identificar en toda lógica tribal, sean tribus de Madrid, Barcelona, Londres, Bruselas, Buenos Aires o Valparaíso. Y sean cual sean sus lógicas estéticas: punks; trashers, darks, hippies, raperos, skins, rastas. En todas ellas encontramos la afirmación del yo, que se hace en y con el grupo de referencia. Aparece, también, la idea de la defensa de valores (propios del grupo), y un territorio exclusivo, que le pertenece a éste (barrios exclusivos, un bar determinado, una esquina cualquiera, un estadio). Y finalmente, el establecimiento de recorridos activos por la ciudad y sus suburbios, en busca de amigos o enemigos a quienes saludar o atacar.

En este último punto, es posible distinguir cierto grado de violencia física y simbólica, que va a depender de la tribu de la que se forme parte. Para el caso europeo, principalmente, la violencia desatada entre tribus urbanas pertenecientes al modelo *skin*, es quizás la más temida, especialmente por su alto componente racista y de ideales neofascistas, que le hacen tener por

blanco predilecto de sus ataques a inmigrantes tercermundistas. En este marco, en que parece moverse la reflexión sobre las tribus, queda claro que en ellas, los y las jóvenes pueden encontrar respuestas provisionarias a sus necesidades existenciales y afectivas, por lo que son, en cierto modo, necesarias para alcanzar una mejor inserción funcional en la sociedad. En este punto de la reflexión, considero importante hacer referencia, a uno de los párrafos, tal vez el menos explicado, del texto de Machado, cuando hace la distinción entre la corriente generacional y la corriente de clase, para interpretar el fenómeno de la juventud.

Mientras en el *paradigma generacional* la reproducción social se limita al análisis de las relaciones intergeneracionales, el *paradigma clasista* considera la reproducción social esencialmente como la reproducción de las clases sociales (y también de sexo, raza, etc.). La investigación llevada a cabo bajo la influencia de estas ideas (como las del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos) está en contra de la representación de la juventud como una etapa de vida. Para estos pensadores, las culturas de la juventud son siempre culturas de clase, culturas de resistencia en un contexto determinado por las relaciones de clase (Machado, 2000).

Este parece ser un punto, que de acuerdo a las investigaciones e información disponible, no parecen tocar otros autores. Sin embargo, parece claro, como se desprende de algunas investigaciones más clásicas sobre el tema y, de lo que es posible observar desde la experiencia más directa, que el paso por una tribu no es algo permanente, sino temporal, aunque existen algunas tribus que tienen un comportamiento más duradero, al incorporar el componente político reivindicativo en su universo cultural y simbólico, a esta categoría, más cercana a los postulados de Machado, pertenecerían los jóvenes que adscriben al movimiento *okupas*, que está constituido por sujetos algo mayores para la media de las otras tribus urbanas (15 a 20 años). No obstante, las referencias a esta tribu en particular, en nuestro medio han sido escasas; baste recordar una de las apariciones protagonizadas durante al año 2000, en la cual un conjunto de okupas, realizó una recuperación de una casa abandonada en Santiago, acción que no duró más de cuatro días, hasta que fueron desalojados por las fuerzas de orden. Este tipo de acciones, al parecer, en los medios latinoamericanos no son muy frecuentes. Seguramente en ello tienen clara diferencia las tendencias represivas policiales, entre los fuerzas europeas y las latinoamericanas, estos últimos con bastante adhesión a los efectos especiales y pirotécnicos. Parafraseando a Machado, las policías tercermundistas, parecen adscribir fuertemente a la *cultura escénica*.

El comportamiento neotribal también tiene sus propias reglas. De ahí que, según Maffesoli, los rasgos básicos del proceso de neotribalización contemporáneo estén asociados con los siguientes tópicos.

Comunidades emocionales: que se fundamentan en la comunión de emociones intensas, a veces efímeras y sujetas a la moda. Son agrupaciones constituidas por individuos que se reúnen y visten una estética para compartir una actividad y una actitud que genera sensaciones fuertes y confiere sentido a una existencia en donde en su cotidiano hay falta de contacto y contagio emocional.

Energía subterránea: oponer energía a la pasividad e hiperreceptividad del individuo de la sociedad de masas, constituyendo una fuente fragmentada de resistencia y prácticas alternativas, una energía subterránea que pide canales de expresión. En este sentido el uso y la creación de eventos deportivos, recitales, espacios festivos, etc. Algunos de los cuales han sido convocados con una finalidad diversa, pero que es copado por la tribu o varias de ellas.

Nueva forma de sociabilidad: donde lo fundamental es vivir con el grupo, alejarse de lo político para adentrarse en la complicidad de lo compartido al interior del colectivo (códigos estéticos, rituales, formas de escuchar música, lugares propios). La sociabilidad neotribal opone una actitud empática, donde las relaciones intersubjetivas se mueven en una cuestión de ambiente más que de contenidos específicos; de *feeling* más que de una racionalidad medios/fines. A diferencia del individuo que tiene una función en la sociedad, la persona juega un papel dentro del grupo.

Fiscalidad de la experiencia: surge la necesidad de contraponer a la fragmentación y dispersión de lo global, la necesidad de espacios y momentos compartidos en los que se desarrolle una interacción fuerte, pero no continua, un sentimiento de pertenencia y proximidad

espacial. Así participar/provocar eventos con un fuerte componente físico: baile, codearse, golpearse, beber, etc.

Al hacer un recorrido por las tribus urbanas presentes en nuestro medio, podemos encontrar que estos rasgos aparecen en mayor o menor grado, y que sin duda la potencia explicativa de esta clasificación, lejos nos puede ilustrar, así como el concepto de escenificación, propuesto por Machado, sobre esta perspectiva de las tribus urbanas, normalmente criticadas y temidas, pero escasamente comprendidas.

5. CONCLUSIONES APROXIMATIVAS SOBRE LA FAUNA TRIBAL NACIONAL

i) Hemos dicho que una posible interpretación de las tribus urbanas, de su surgimiento y más o menos consolidación, obedecería, en nuestra mirada, más bien a un fenómeno que viven todos los sujetos (sean o no jóvenes) y que dice relación con el proceso de diferenciación. Ser diferente o distinto al otro, no ser igual a él, o que se me confunda con él. Este proceso estaría, efectivamente, operando en la representación juvenil, sobre manera en la adolescencia. Y como lo afirman Costa y otros, para ser diferente acepto mansamente parecerme a los que componen mi tribu.

ii) Que éste proceso —de diferenciación— al que hacemos alusión, adquiere en los y las jóvenes un marcado tinte estético, escénico según la terminología utilizada por Machado.

Hay pruebas evidentes para afirmar que las culturas juveniles contemporáneas son marcadamente escénicas porque, en la realidad, los jóvenes no siempre encajan en las culturas prescriptivas que la sociedad les impone (Machado, 2000).

Sobre todo teniendo en consideración que, por cuestiones de objetividad material y de superestructura, los y las jóvenes no poseen otros medios en los cuales efectivamente hacer sentir su presencia, si no es a través de un impacto visual y también sistémicamente cultural. Podríamos aventurar que la estética, de los y las jóvenes, no sólo se reduce a los atuendos (esteticismo) que utilizan en sus desplazamientos por la urbe, o los que utilizan a cotidiano, como ocurre con aquellos que más marcadamente reivindican (aunque no necesariamente en una versión estética, aunque también lo hacen) su presencia, como lo constituyen los jóvenes pobladores. Éstos, cuya exhibición corporal que hacen en las esquinas constituye de por sí una provocación, pues la sola presencia del grupo de esquina es suficiente para reivindicar esa diferencia, con los que estudian, con los que trabajan, con los y las que hacen y construyen lo doméstico, de los niños, etc., por tanto, esa diferenciación, no es sólo y únicamente estética, sino también simbólica y factual.

iii) Sin embargo, y también producto del mensaje ideológico/cultural, existe en ciertas tribus urbanas un sesgo atomizante en la perspectiva de este proceso. Es decir, hay tribus, en sus componentes humanos y existenciaros, cuyo único sentido es la diferenciación por la diferenciación; es el estilo estético por el propio estilo sin «contenidos» de fondo en su postura estética, a esta categoría pertenecen especialmente aquellos que adhieren a posturas más *light* como son los «*techo*» o los «*tecnocumbia*». Es como si,

Los jóvenes parecen satisfechos solamente con expresarse a sí mismo: de unas maneras vagas, indiferentes intransitivas, como si sólo quisieran dar pruebas de sí mismos, de su propia existencia. El lenguaje de la ropa que visten, por ejemplo, parece estar hablando no en el registro de la razón, sino en el de la imagen, un registro que se hace nebuloso cuando tratamos de descifrar su significado (Machado, 2000).

Pero tampoco debemos olvidar en esta crítica, que los metarelatos, esos grandes discursos sociales unificadores, que guiaron las imágenes del futuro a lo menos durante varios decenios del siglo pasado, han sucumbido no sólo para los jóvenes, sino también, y esto es quizá más complejo, para todos los habitantes del planeta y donde vemos a las culturas juveniles haciendo y construyendo sus alternativas, más allá de las que ofrece, a modo de sublimación, el gran orden social mundial.

También existen otras miradas posibles en este ambiente tribal. Hay grupos, para quienes la esencia de esta diferenciación provendría de una crítica más establecida y

contundente hacia lo social, en esta corriente parecen encontrarse los *punkies*, y en cierta medida algunos grupos de raperos o *hiphoperos*, quienes desde letras furiosas y vociferantes, declaman escénicamente, sobre el escenario social y cultural y también sobre el de la cotidianeidad que viene en sus acciones, gustos, preferencias musicales, miradas del mundo, etc., sobre aquello que les molesta y oprime. Un caso aparte implicarían los cabeza rapada, quienes de algún modo mezclan contenidos diversos con identificaciones deformadas. Es decir, por una parte, tienen un discurso agresivo e intolerante con todos aquellos a quienes consideran inferiores: gays, prostitutas, pobres, indígenas, extranjeros pobres (una cierta idea de pureza de la raza), y, sin embargo, sus códigos estéticos personales (genotipo) corresponden en parte a mezclas que ellos persiguen.

iv) Sostenemos que, en general, la presencia/ausencia de manifestaciones estéticas de tribu está fuertemente condicionada por las condiciones objetivas y de inserción de los y las jóvenes, pues hasta donde podemos observar, ellos y ellas, han de renunciar, al menos estéticamente, sobre todo para aquellos que son formalmente y consistentemente más críticos a la sociedad, a sus atuendos o elementos diferenciadores cuando interactúan o permanecen en los marcos institucionales normativos, como son el sistema escolar y el trabajo. En el caso del sistema escolar, está supeditado específicamente al sistema escuela/liceo diurno, no así a instituciones de estudios pos enseñanza media o aquellos de sistema vespertino. En cuanto al trabajo, la mayoría de los jóvenes que acceden a un trabajo, más o menos formal, han de guardarse, en general, sus estilos personales sobre todo en aquellos más rupturistas. Quedando éstos reducidos a los espacios informales laborales, de convivencias, salidas de fin de semana, etc. Incluso es posible apreciarlo en aquellas autoocupaciones que implican mayor contacto con personas, o clientes y donde también se *guardan* estos estilos; por ejemplo: choferes de colectivos, vendedores de lo que sea. La salvedad estaría signada por aquellas ocupaciones que por cuestiones de moda o de influencias culturales es un signo de distinción o de «ambiente»; por ejemplo: las vendedoras de artesanías, «cuentos» esotéricos, tiendas de ropa exclusiva u otras similares. La antítesis de estas ocupaciones las encontramos en los locales de comida rápida, normalmente atendidos por jóvenes, donde hasta los gestos están pautados y normados universalmente.

v) En cierto modo, reconocemos en las tribus un movimiento, una traslación plural. Es decir, percibimos en gran medida que la existencia de tribus permite dos tipos de movimiento. El que viene dado por la necesidad de movilidad, y que implica para sus adherentes el tener que desplazarse de uno o varios puntos de la ciudad, hacia el sector/es donde la tribu específica se junta, se encuentra. Esto no es menor, dado que aun hoy, hay numerosos jóvenes que no se desplazan más allá de las fronteras que le impone la localidad o la comuna, entonces, para algunos de ellos, el tener que recorrer la ciudad tras los pasos de «su tribu» los lleva a tener que recorrerla y conocerla. Toda vez que, salvo algunos casos excepcionales, las tribus con su pluriestética particular normalmente no existen en cada barrio o localidad, siendo más bien un hecho no masivo, por lo que una tribu, que puede contar con varios miembros hasta una cincuentena (en ciudades pequeñas), normalmente se compone de sujetos que provienen de diversos lugares geográficos, especialmente de comunas cercanas al punto de reunión, y que deben desplazarse por las rutas de la ciudad para encontrarse.

El segundo, es aquel que tiene que ver con la integración pluriclasista. En general, tendemos a apreciar el movimiento de tribus entre jóvenes que pertenecen a los sectores medios de la sociedad. Ni tan pobres, que no puedan disponer a una capacidad mínima de consumo, aunque sea simbólico, pues la estética implica aunque sea en montos pequeños un nivel de adquisición de ropa y otros elementos decorativos, aun en los grupos que podemos considerar como los más pobres, como son los raperos o *hiphoperos*. Ni tan ricos, porque éstos, tienen el tema de la diferenciación resuelto desde la superestructura, no necesitan diferenciarse del resto, porque siendo pocos numéricamente, constituyen por sí ya una tribu, si queremos ampliar el sentido del concepto, éstos están más identificados o establecen parámetros de identidad/diferenciación por el factor ingreso y poder adquisitivo, que el grueso de los triberos no pueden exhibir. De ahí que la integración pluriclasista, en el sentido de jóvenes provenientes de diferentes esferas socioeconómicas, sea un hecho. Es posible encontrar tribus conformadas por jóvenes que trabajan, por jóvenes que estudian en secundaria o educación superior, otros

que permanecen en condición de moratoria social y económica, otros que son profesionales y se desempeñan en diferentes ámbitos laborales, etc. En este caso de la «integración tribal» o de grupos de pares identificados a partir de cuestiones estéticas, el elemento de clases sociales se supedita al recurso de identidad, de ser y pertenecer a la tribu.

VIÑA DEL MAR (CHILE), MAYO DEL 2001

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, ANGEL y MARISOL RODRÍGUEZ (1996): «Skins, punkis, okupas y otras tribus urbanas españolas». *Anthropologica* N°19. Separata. Barcelona.
- COSTA, PERE-ORIOI, JOSÉ MANUEL PÉREZ TORNERO y FABIO TROPEA (1997): *Tribus urbanas: el ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona: Paidós.
- MACHADO PAIS, JOSÉ (2000): «Las transiciones y culturas de la juventud: formas y escenificaciones». *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N°164. En textos escogidos del diplomado «Jóvenes y desarrollo sustentable». Santiago: PIIE/Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- MAFFESOLI, MICHEL (1990): *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- MATUS MADRID, CHRISTIAN (2000): «Tribus urbanas: entre ritos y consumos. El caso de la discoteque Blondie». *Última Década* N°13. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- ROZAS, CRISTIÁN FERNANDO (2000): «Consumo, identidad social y violencia». *Última Década* N°13. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- ZARZURI CORTÉS, RAÚL (2000): «Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas». *Última Década* N°13. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- ZINNECKER, JÜRGEN (1987): «La Juventud actual: ¿comienzo o final de una época?». *Revista de Educación*, Volumen 35. Instituto de Colaboración Científica Tübingen. En textos escogidos del diplomado «Jóvenes y desarrollo sustentable». Santiago: PIIE-Universidad Academia de Humanismo Cristiano.